Félix Znollen avanza por la habitación. Se detiene. Escucha. Un fuego líquido parece correrle por las arterias cansadas. Sus pensamientos, como caballos desbocados, amenazan triturarse unos a otros. Por su mente desfilan escenas inexplicadas, suspiros ahogados, manos convulsas que se retuercen de impotencia... Como un rayo de clarividencia cae sobre su cerebro. Un vago asombro se extiende por su rostro. Hay dolor en los viejos ojos. La mano senecta contiene los latidos de su corazón. Un corazón demasiado viejo, demasiado cansado, por el que han pasado demasiadas emociones...

Un cuerpo, fláccido, se precipita sobre la puerta entornada, abriéndola. Anne y Boris vuelven la cabeza.

Félix Znollen está desplomado, de bruces sobre la alfombra... Muerto...

EL ENGAÑO

El horno donde se pudelaba el hierro era un quemante crisol donde se vaciaba la materia para ser ardientemente transformada. Era alto y elevaba su cúspide barroca sobre las restantes edificaciones del muelle. Construído en ladrillo rojo, sus sesenta metros de altura se erguían hasta el cielo, en un ronco afán de posesionarse de la altura.

Su vientre ígneo, cráter en constante ebullición donde se retorcían las fibras aceradas del metal, era constantemente servido por los cuerpos de los negros. Unicamente ellos soportaban perfectamente las altas temperaturas provocadas por la fusión del hierro. La gran boca del horno donde las serpientes del fuego basculaban siniestramente sus llamaradas rojas, atraía con enorme fuerza el alma de los negros. Sus manos, que soportaban diariamente el peso de las barras de hierro, las pudelaban diestramente valiéndose de las paletas protectoras y

transformándolas en las piezas del tamaño deseado, según ordenaba John Wakes.

John Wakes es el capitán de todos ellos. Está dirigiendo la operación de pudelado número 3. Son siete en la cuadrilla. Todos negros, todos jóvenes, todos casi totalmente desnudos. John introduce la primera pieza en el horno, valiéndose de las largas andadas. Su cara ancha y grande, ojos enrojecidos y febriles, labios abultados, cabellos rizados, tipo clásico del negro americano, está completamente empapada en sudor. Le corre a través de todo el cuerpo, afiebrado y de moléculas duras. Sin una onza de grasa. Todo él está hecho de fibras apretadas como un haz de gavillas. Este es un trabajo de galeote. Para hacerlo es preciso ser inmensamente fuerte. John Wakes lo es. Todos sus compañeros lo son también. El no hubiese admitido en su cuadrilla ninguno que no estuviese a su altura, a su inmensa altura soberbia.

Afuera, en la negrura estrellada de la noche, se va cristalizando un amanecer rojizo por el sol, como si el astro se hubiese contagiado de la fuerza y el color del horno de John Wakes. Al amanecer termina el turno de la cuadrilla.

John Wakes grita estentóreo:

—Adelante, negros de mi cuadrilla. Nos quedan sólo diez minutos para terminar. Hoy hemos realizado una buena labor. Adelante, mis negros orgullosos. Hemos hecho la pudelación 3 en seis horas, mientras que los hombres blancos han tardado siempre seis horas y media, y eso cuando han tenido al frente a José el *Beltrano*, que sabéis que es un tío bueno. Adelante, adelante. Nadie puede con nosotros.

Los negros, al resplandor del amanecer, son estatuas de azabache a las que se hubiese inyectado un poder eléctrico con las palabras del jefe. Llevan las barras desde el canalón central donde se encuentran hasta el horno, a un ritmo frenético. Otros manejan las palas rápidamente y con destreza van dando alimento continuo a las cuatro bocas del horno. Como demonios cosidos a un infierno de llamas, en el colmo del esfuerzo, prorrumpen todos al unísono en el bronco alarido final de la jornada, al compás de la sirena de salida de la fábrica. Sus gargantas son un grito vigoroso en una frenética adoración de su propia fuerza, trituradora del hierro.

—Bien, muchachos—habla el jefe—, hemos terminado por hoy. La sección de pudelado de la fábrica de cañones Richmond ha hecho hoy una dura labor. Como ésta se hacen pocas en el año. Vuestro jefe está satisfecho de vosotros.

Una risa amplia ilumina las caras sucias de los negros, por las que chorrea abundantemente el sudor. No hay nada mejor para ellos que una felicitación de John Wakes, que raramente las prodiga. Siempre exige más que ningún otro jefe de sección, pero nadie es tan querido como él.

Ahora se acerca a cada uno de ellos y le estrecha la mano vigorosamente.

—Bien, muchacho. Te has portado como un negro estupendo... Bravo, Joe. Nosotros los negros siempre seremos los primeros... Sí, Brano. Nuestra cuadrilla es la mejor de la fábrica...

Así va diciendo a cada uno mientras les da la mano. Todos ríen ampliamente y responden: «Gracias, jefe.» No han ganado nada material con ello. Unicamente han ganado la perseverancia del aprecio de su jefe. Nada más que eso, dirían otros. Nada menos que eso, dicen ellos. Sienten que la hermandad establecida es inalterable. Además, la seguridad en su fuerza y en su superioridad de trabajo sobre los hombres blancos, que les es transmitida por su jefe, hace de ellos unos negros puros, que han prescindido limpiamente del complejo de inferioridad que aqueja a la mayoría de los negros cuando se comparan con los blancos.

Disciplinados y metódicos, van abandonando el horno de función, quedando allí sólo John Wakes, que ha de hacer entrega del trabajo a la cuadrilla siguiente en presencia del capataz de la fundición. Se dirigen a los lavabos, nítido contraste con su piel negra. Empiezan a lavarse ruidosamente, mientras hablan a gritos. Los hornos, con su ruido incesante de trabajadores eternos, no los deja apenas oír.

....

—¿Qué tiempo hace que no te acuestas con una mujer?

....

—¿Boxearás el próximo lunes con Leo Minnie?

....

—He leído ayer una novela estupenda. Es un chico y una chica enamorados.

....

—John Walkins cogió ayer una borrachera fenomenal. Su mujer iba a tener un hijo. Salió bien. Cuando no va a tenerlo también se emborracha...

El sexo. La lucha. Un fácil sentimentalismo. La bebida... Forma todo parte de la vida del negro en Nueva York. Con la otra vertiente del trabajo y la preocupación racial, podría esquematizarse la vida del negro corriente en los Estados Uni-

dos. Para los productos finos de la raza existen muchas cosas más...

Van saliendo de los lavabos, dirigiéndose a los vestuarios, donde se van vistiendo de calle. Luego van saliendo, con un saludo a John Wakes, que entra en aquel momento. Se despiden de él con una gozosa exclamación:

—Adiós, jefe. Hasta luego.

—Adiós, muchachos. Hasta luego.

El jefe queda solo en el centro de la habitación. Negro, sudoroso, enorme, alto, sucio, con unos pantalones cortos por toda vestidura. Contrasta con los blancos lavabos alineados a un lado de la sala, los inmaculados W. C. situados a otro, la nitidez de las paredes, la cruda luz del día que entra por las grandes ventanas.

Ríe, satisfecho. A John Wakes le gustan los contrastes. Le gusta sobre todo su cuerpo negro junto al cuerpo de una mujer blanca, sobre el cuerpo de una mujer blanca.

Se acerca a los lavabos y se ducha con fruición. La grasa y la suciedad van huyendo de su cuerpo. Queda alisada la brillante piel negra en su pura maravilla escultural de ébano. Existe un acorde perfecto entre la mente y el cuerpo. El vigor tenso acumulado en cada fibra está presto a obedecer la más íntima orden surgida de su cerebro.

Ya es día completamente claro. John Wakes se dirige a los vestuarios, saliendo de ellos en impecable traje de calle. Lentamente, con los ojos entornados y las manos perezosamente metidas en el bolsillo, se dirige a la verja de salida de la fábrica.

—Adiós, Brady. Hasta luego—saluda al guarda, que le abre la puerta.

—Adiós, John Wakes—le contesta brevemente el viejo Tenson O'Brady, siempre con su gran pipa entre los dientes.

La fundición está contigua al muelle del Hudson. Hace ya tiempo que están descargando los barcos. El *Ezra*, atracado a la madrugada, está vomitando mercancías desde el amanecer. Un tráfago constante de cargadores que van desde el buque a los almacenes, se deja sentir en todo el muelle. Agitación densa lo domina todo. Al frente de la descarga de mercancías se encuentra el factor, Peter Sandos. Es un hombretón de casi dos metros de altura. Tiene una fealdad fascinadora y una pipa kilométrica. No deja de moverse de un lado para otro, dando continuas órdenes. Hay en él una honda palpitación humana y cierto brutal sentido del humor, aliado con una enorme dureza

externa. No cesa de lanzar voces, animando a sus hombres con insultos y brusquedades. Sus hombres lo conocen bien y no le hacen demasiado caso.

—Levanta el otro lado del saco, hombre...

—Más aprisa, hatajo de truhanes. Queréis sólo el dinero de la Compañía. Venga, venga...

—No sabes poner la carga sobre la espalda del descargador —grita a un marinero—. Así van todos mal colocados...

El marinero lo contempla impasible, con los ojos cargados de sueño.

Peter Sandos suelta una imprecación y empieza a insultarlo con el vocabulario de los muelles. El marinero le responde de la misma manera, pero se esfuerza en colocar bien los sacos. Peter Sandos ríe estrepitosamente. El marinero, contagiado, ríe también.

El factor se aproxima a John Wakes, dándole una buena palmada en la espalda.

—¿Ya has terminado lo tuyo, negro?

Tiene la voz gorda, áspera, endurecida por las continuas órdenes que da a voz en grito.

—Sí, Peter, ya—sonríe John.

—Este hatajo de haraganes no quiere terminar nunca—dice mirando el barco y los cargadores con una fijeza apreciativa.

—Son buenos, duros...—replica John.

—Sí, los aprecio—enciende la pipa y ofrece tabaco a John, que rehusa—, pero no se les puede demostrar. Son demasiado jactanciosos. Pero ellos lo saben.

—Tú los conoces bien a ellos y ellos te conocen bien a ti.

—Sí, demasiadas veces nos hemos emborrachado juntos. Pero hay que tenerlos bien metidos en cintura. Son pendencieros de buena ley. No pelean demasiado, pero cuando lo hacen, hay que verlos. Son unos titancillos.

—¡Bah! No son nada comparados con mis negros. Uno solo de ellos le puede dar una tunda a cuatro de los tuyos.

—¡Ja, ja! Ya te conozco, John Wakes. Eres un bromista. No conseguirás que me enfade. Ya lo has conseguido dos veces.

Da unas palmadas vigorosas en la espalda del negro. Ríen fuertemente ambos. Luego, Sandos se aleja con un saludo de la mano.

John continúa su camino. Traspasa la verja de los muelles y entra en la ciudad, gigantesco hervidero de sonidos. Entorna los ojos y la contempla deleitosamente. El negro está enamorado de ella. No sabría vivir en otra parte. Sus edificios, sae-

tas hacia el cielo, le dan una sensación de grandeza. Sus gritos, sus anuncios luminosos, sus cines, sus teatros, la Quinta Avenida, Brooklyn, Broadway, forman hace mucho tiempo parte del alma de John Wakes. Sus calles kilométricas, su tráfago enorme, sus habitantes variados, todo se ha ido metiendo lentamente dentro del negro.

Sus ojos valoran, soñadores, la línea perfecta de los barcos anclados en el Hudson, la bahía de más tráfico de América. El sonido continuo de las sirenas de los buques que entran y salen en el muelle tiene para él más sabor que la más exquisita melodía. Se apoya en la baranda del puente. Hay en su rostro una exaltación tranquila, como si hiciese mucho tiempo que se hubiese posesionado de la ciudad. Siente que la ciudad es suya o que él es de la ciudad. Es una compenetración casi mística en su hondura psíquica.

Como una película cinematográfica, va desfilando ante él el proceso de su unión a la ciudad. Desde que había tenido conocimiento de andar y vivir, había hecho de limpiabotas en los muelles, de repartidor de periódicos, de recadero, de cuantas cosas se podía sacar para vivir. No recordaba su familia ni sabía cómo había logrado sobrevivir en aquella balumba de gente, de vehículos, de sonidos, de rascacielos, de lucha dura y continua por la subsistencia. Sólo sabía que lo había logrado. Se dió cuenta de que necesitaba saber cosas, muchas cosas. Se había ilustrado leyendo periódicos, acudiendo a las bibliotecas públicas, abriendo bien los ojos ante el mundo que lo rodeaba, viviendo quizá demasiado aprisa. A los quince años, un amigo suyo, mecánico de oficio, le enseñó una fundición por dentro. Se quedó extasiado ante los hornos ardientes, los hombres tiznados manejando el hierro, las poderosas máquinas transformadoras, el acero brillante recién sacado del horno de pudelar.

Ingresó en la fábrica. Se propuso llegar a ser el mejor pudelador de la ciudad. Con un apasionamiento sin límites, robando horas al sueño, había leído todo lo que pudo sobre la materia dura y flexible del hierro. La fábrica estaba controlada por un ingeniero, que le indicó los primeros pasos. Se llamaba Sam Wönde y era de origen alemán. Se aunó la sólida cultura del blanco a la intuición maravillosa del negro. Wönde le fué ilustrando concienzudamente, notando los notables progresos y satisfecho de la excelente materia prima que era el cerebro de Wakes. Luego vinieron los ensayos conjuntos por encontrar un acero de temple perfecto. John suplía su falta de

estudios con una perspicacia admirable, un cuidado sólido en los detalles y una imaginación fecundísima. Wönde era el lastre necesario de Wakes. Wakes era el motor necesario de Wönde. Se completaban. Llegaron a penetrar el secreto de la fundición alemana, consiguiendo construir un acero tan perfecto como el de los talleres Krupp. Todo a fuerza de paciencia, agotándose en noches de estudios y experimentos en el laboratorio solitario de la fábrica.

Gerald Richmond no era partidario de innovaciones en su fábrica. Pero al llegar el año 39 y estallar la guerra en Europa, el Gobierno solicitó urgentemente la fabricación de cañones y material de guerra. Richmond hubo de transigir. La fundición fué considerablemente ampliada, triplicándose el espacio y la producción a un ritmo acelerado. Con el dinero de Richmond, los conocimientos de Wönde y la iniciativa de Wakes, la fábrica de cañones Richmond fué totalmente transformada. Se aisló la parte antigua, se dedicó un buen espacio a nuevas edificaciones, se compraron grandes cantidades de materias primas, se adquirieron nuevas maquinarias, se utilizaron todos los residuos que anteriormente iban a parar a las corrientes del Hudson. Se hizo de la fábrica una de las más importantes de la nación, pudiendo competir ventajosamente con las Krupp alemanas, las Bettar inglesas, las Naffer francesas...

La producción llegó a tomar un ritmo vertiginoso, vivamente acuciado Richmond por el Gobierno. Aquel hombrecillo de suaves maneras, lentas iniciativas y gran vigor tradicionalista, con la fábrica heredada de sus mayores y mantenida siempre a un suave ritmo, hubo de formar parte en la carrera de armamentos iniciada por los Estados Unidos. En aquellos años de 1940 hasta el final de la guerra en 1945, Gerald Richmond vivió como nunca había vivido. Hubo de tomar importantes decisiones en el espacio de media hora, desplazarse continuamente de un extremo a otro de la nación, arriesgar toda su fortuna en un golpe de Bolsa, sentirse sucesivamente triunfante, aplastado, al borde de la ruina, saturado de millones...

Un hombre ha de estar firmemente enraizado en la vida para resistir tales emociones a los cincuenta y cinco años y crecer con ellas. Gerald Richmond no lo estaba. Como un bólido impulsado por una fuerza extrahumana, él fué proyectado en aquellos años de tensión hacia adelante. Cuando aquellos años se acabaron, no pudo resistir el brusco desnivel, que ya había sufrido una vez. Su corazón le falló, y una mañana la

fundición Richmond amaneció bajo la planta de un nuevo dueño.

Sam Wönde y John Wakes aguardaron expectantes. Los años de guerra habían hecho crecer la producción hasta posibilidades prácticamente ilimitadas. Era necesario desviarse en otra dirección y acoplar la fábrica a fines industriales, reduciendo progresivamente la producción de armamentos. Ralph Richmond formó reunión general de trabajadores y les dijo que no debían preocuparse por el final de la guerra, que todos sin excepción continuarían empleados. Era un hombre alto y delgado, que hablaba con seguridad, acentuando mucho las palabras, como si quisiera grabarlas en el cerebro de su interlocutor. Luego se reunió en su despacho con Sam y con John y les expuso su plan. Hasta dentro de dos meses el Gobierno no decrecería en su petición de armamentos, como en los años más florecientes de la contienda. En el entretanto, era necesario variar completamente los objetivos de producción. En el estado de Utah existían aún grandes cantidades de terreno que se cultivaban con métodos que no eran totalmente modernos. Existían allí granjeros y agricultores de gran potencia económica, pero de escasas iniciativas, a los que sólo era necesario ponerles tractores ultramodernos y maquinaria nueva delante de las narices para que abandonaran sus viejos tractores de hacía siete años y duplicaran su producción. Había hablado con ellos y ninguno había rechazado la idea. El les había prometido prospectos y precios para dentro de un mes. Sacó de una carpeta modelos de todos los tractores y maquinaria agrícola que se fabricaban en los Estados Unidos y los enseñó a Wönde y a Wakes. Estos los contemplaron detenidamente, empezando a gustarles la idea. Quince días después estaban trazados los modelos para la fabricación de tractores Richmond y la producción empezó a desviarse progresivamente. Wönde fué nombrado ingeniero general con cinco más a sus órdenes, y Wakes, jefe de talleres. Pero la transformación del hierro le atraía tan poderosamente, que tomó a su cargo una cuadrilla de pudeladores, convirtiéndose en jefe de pudelación, con funciones más restringidas.

Cuando llegó el bache de superproducción de cañones, la fábrica Richmond lo sorteó habilidosamente, pues había ido reduciendo la producción hasta la mitad y dedicando una atención más preferente a la maquinaria industrial y agrícola. Seis fábricas de armamentos de guerra viéronse obligadas al despido de parte de su personal, ocasionando grandes paros y considerables perjuicios. Unicamente otra, la del veterano Wardley, había logrado superarse dedicándose a la fabricación de maquinarias para la industria textil.

La fundición Richmond siguió con su moderada fabricación de cañones, y conservando este nombre. Ralph Richmond era un hombre que se había propuesto engrandecerla. Hizo traer materias primas en cantidades que nunca se habían conocido allí. Hizo venir a técnicos ingleses, franceses y alemanes, sin dejar a un lado a los iniciadores Wönde y Wakes, buscando entre todos una estrecha colaboración y rechazando los exclusivismos. John Wakes participaba en todos los proyectos, realizando sugestiones sustanciosas, que veía luego cristalizadas en realidades. Pero no quiso abandonar su puesto de pudelador. Cuando Sam lo interrogaba, él le respondía riéndose: «Déjalo, Sam, es cosa que no puedo abandonar.» Temía que no lo comprendiese. Desde su niñez, baqueteada por tantos avatares, se había nutrido del culto a la fuerza. No la fuerza bruta que se impone sencillamente por mole y peso, sino una fuerza fina, casi imposible de definir, una mezcla de fuerza física y espiritual. Una fuerza que él sentía desarrollarse plenamente dentro de sí cuando se encontraba delante del horno de fundición. Donde vivía su vida a un ritmo más intenso, donde le encontraba más sabor a la existencia. Había nacido para aquello. Le gustaba la fábrica, el alto horno, la sala donde trabajaba, la boca ardiente donde se retorcía el hierro entre llamas, los negros sucios, desnudos y sudorosos que eran sus compañeros, todo en él era un placer que diariamente renovaba.

Se sentía encajado en la vida. El había conocido a hombres que tenían dinero, placeres, todo lo que se puede apetecer en el mundo; pero que en el fondo vivían descentrados, perpetuamente desasosegados, sin interesarse nunca realmente por lo que estaban haciendo, viviendo siempre con el pensamiento puesto en otra parte. Habían fallado su destino. Algunos eran blandos o sinceros, y hablaban de ello. Otros eran tremendos, duros, fieramente orgullosos, y no lo confesaban nunca. Sólo en la hora de las grandes borracheras, cuando viene esa mezcla de sentimentalismo morboso y erotismo contenido y se diluye la personalidad en la nada cósmica, tenían esos hombres herméticos la sexualidad terrible de desnudarse. Hablaban, hablaban cansadamente sin cesar, con una mirada muerta en los ojos. Un río de amargura parecía brotarles de la boca y confesaban sus decepciones crueles, sus cobardías ocultas, sus sueños rotos...

El no había sentido nada de eso. Desde aquella vez en que vió claro lo que quería ser, había luchado sin vacilar por ello, desechando otros caminos más fáciles para ganarse la vida. Esta había sido dura con él, pero él la había soportado endureciéndose y viviendo su hermosura. Había sufrido sus golpes, a veces con una caliente amargura; otras, con un alegre estoicismo. Sabía que llegaría a ser el mejor pudelador de Nueva York, y sólo él sabía cuánto le había costado conseguirlo. Las noches eternas del laboratorio, la tensión del esfuerzo mental, la calculada precisión de cada experiencia a realizar, los fracasos parciales antes de obtener la victoria finl. Ahora y más que nunca había de realizar estudios cada vez más concienzudos para llegar a la pureza absoluta en las calidades de obtención del metal, para conseguir una compenetración perfecta con su trabajo. Había de luchar mucho todavía; pero estaba contento de lo que había sido y de lo que era ahora.

Contempló el río y la baraúnda de seres que los rodeaban. ¡Cuántos seres fracasados habría en torno suyo! Unos por cobardía, otros por la dureza de las circunstancias, otros por haber transigido por comodidad.

Se dirigió hacia su casa. Las calles de Nueva York, a esta hora de la mañana, estaban llenas de gente. El barrio de Harlem, donde vivía, tenía una vida poderosamente comercial.

—Adiós, John—oía decir a cada momento.

El, a veces, agita la mano; otras, sonríe simplemente. Es allí muy conocido.

Llega a su casa, en el número diez de la Park Street. Es una casa modesta a la que sube por medio de tres escalones. Saca su llavín y entra. John Wakes vive solo. Su departamento consta de dos habitaciones, el dormitorio y la sala de estar. También tiene una pequeña cocina. El almuerza y cena en el restaurante, pero le agrada desayunar en la casa cuando llega.

Enciende el fuego y se hace café. A través de la ventana de su cuarto, que da a un patio, contempla la otra parte de la casa, habitada por los Bentley, una familia de negros.

La señora Bentley, cincuenta años bien conseguidos y pasados, le saluda desde el otro extremo del patio, mientras levanta las persianas del balcón.

—Buenos días, John—dice con su habitual melosidad.

—Buenos días, señora Bentley—le contesta.

Luego se va al otro cuarto y bebe golosamente el café mientras toma pan y mantequilla.

Va hojeando un libro que tiene encima de la mesa, *Teoría y práctica en la obtención de silicatos*. Un libro poco entretenido, piensa mientras lo vuelve a dejar sobre la mesa.

Termina de desayunar y se dirige al dormitorio, dejándose caer sobre la cama, mientras se afloja los zapatos y se los quita. Luego se incorpora mientras se desnuda, volviéndose a acostar. John Wakes, a pesar de la fatigosa jornada transcurrida, no tiene sueño. Otras veces se queda instantáneamente dormido. Ahora piensa en una mujer, Eva Sitges, una blanca con la que bailó el domingo anterior en Pass End. Hoy es jueves.

Le gusta esa muchacha. El nunca ha podido enamorarse de una mujer de su raza. Sería lo lógico, lo normal. Un hombre negro se casa con una mujer negra y tiene hijos negros. No existe problema. Pero a él le gustan las blancas. Su piel suave de muchacha junto a la suya, el calor de sus blancas manos entre las suyas negras, la dulzura de sus labios rosados, todo el poema de gracia que es para él la mujer blanca.

El ha conocido en intimidad completa a mujeres blancas y a mujeres negras, porque en la ciudad hay demasiadas oportunidades para que sean desaprovechadas. En sus relaciones con las negras existía siempre un poso de insatisfacción. El ama los contrastes y allí no existían, porque los dos eran iguales. Cuando estaba con una blanca, se sentía penetrado de una dulzura secreta, le parecía que los latidos de su corazón tenían un ritmo más armonioso. No era sentimentalismo, porque no la amaba. La compenetración que llegaba a conseguir entre ellos era puramente física, pero que en él llegaba a ser algo más, algo que él no sabía cómo expresar. Unicamente lo sentía. Eso era todo.

El domingo anterior había paseado con Eva Sitges. La había conocido en el baile y la había acompañado luego a su casa, en Padda Circus. Parecía una buena muchacha, y él había quedado en llamarla. Ella lo había aceptado desde el principio, como si fuera un blanco. Había otras que vacilaban y no aceptaban al principio su compañía. Pero él era bastante conocido y en seguida paseaba con ellas. Todos sus amigos le envidiaban su suerte. El no se ufanaba con ello. Hacerlo le habría parecido rebajarse. Lo estimaba una cosa normal. Se consideraba a sí mismo por encima de muchos blancos y le parecía muy natural ser estimado como un igual por las muchachas blancas. Sabía de otros que tenían el complejo de inferioridad usual en muchos de la raza. El no lo tenía. Se sabía diferente en su aspecto a los blancos, pero con una comunidad de ideas,

sensaciones y planos vitales que le hacían sentirse igual a ellos.

¡Bah! Era una tontería pensar en esas cosas, tan trilladas y tan sabidas. Llamaría a la muchacha blanca y saldría con ella. Le gustaba... Tenía un no sé qué en la mirada...

* * *

La muchacha era delgada, más bien pequeña, pero exquisitamente formada. Tenía el cabello suavemente negro, los ojos azules y levemente fríos, la boca delicada y triste, con una insinuación de cinismo. Vestía un traje lujoso de escote audaz, con una chaquetilla por encima de los hombros. Estaba acodada a la barra del bar, semivuelta de espaldas a ella, con los ojos fijos en la puerta. Vió entrar a Charlie Bronx.

El hombre era alto y grueso, de edad madura. Tenía la cara como modelada en yeso, los ojos pequeños y vivos, la boca dura de luchador. Andaba rápidamente, a grandes zancadas. Vestía un traje gris de buen corte, aunque no muy nuevo. Se aproximó a la mujer.

—Hola, Eva—saludó con una voz ronca, sin matices.

—Hola, Charlie—contestó la mujer.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias; ya he bebido un martini.

—Amadeus, sírveme un *whisky*—dice Bronx, dirigiéndose al *barman*.

—En seguida, señor.

—Tienes que venir conmigo, Eva—dice el hombre—. Hay negocio a la vista. Importante.

—¿De qué se trata, Charlie?

El brillo momentáneo de los ojos de Eva Sitges no logra desterrar la cansada expresión de su rostro.

—Aquí no. Hay demasiada gente. Vamos a la calle.

—Como quieras.

El hombre paga y sale. La muchacha le sigue.

Afuera, en la calle solitaria, la noche los envuelve. Charlie la agarra del brazo. Las luces de Broadway brillan a lo lejos. El bar de donde acaban de salir está situado frente a un desembarcadero. Van caminando paralelamente a la baranda que separa la calle del río. Al llegar al final, donde ya se inician unos suaves terraplenes hacia la orilla, la mujer se detiene y se desase bruscamente del hombre. Este queda en pie frente a ella.

—Habla—dice concisamente Eva.

Hay en sus ojos un brillo de metal, con la misma dureza que éste.

* * *

Charlie Bronx, aventurero, falsario, ladrón, ha sido durante cierto tiempo el amante de Eva Sitges. De esto hace aproximadamente cinco años. Desde entonces han pasado muchas cosas. El tuvo aquel paréntesis con ella y luego lo ha creído completamente olvidado. Pero hoy, ahora, en el momento de mirarla, él se ha dado cuenta de que todavía quedan residuos de aquello. Hay en la actitud de ella algo expectante, como una interrogación en los ojos, como un estilete que, trasvasando de la mirada de Charlie, se hundiera en el pasado con una mezcla de ensueño, de odio, de nostalgia, de amor quizá.

Hay entre los dos como el esqueleto de un lazo que existió, piensa Charlie. Desde que terminó aquello, los acontecimientos han levantado una barrera entre los dos. Pero al mismo tiempo es muy difícil borrar ciertas cosas en la vida. Siempre dejan huella. El no ha sentido nada cuando últimamente la cogía del brazo. Lo hacía para cosas simples: para atravesar una calle, para subir a un coche. Esta noche tampoco ha sentido nada. Solamente en el momento de desasirse ella como nunca lo ha hecho, con brusquedad, se ha dado plena cuenta de que entre los dos hay un pasado, cosas indestructibles que han ocurrido entre los dos, que no podrán nunca ser olvidadas, por mucho tiempo que pase.

El amor empezó entre ellos de una forma física, puramente física, completamente pasional, sin esos epitalamios que preceden a las posesiones amorosas de otras parejas. Eva era sencillamente una muchacha alegre que pasaba insensiblemente de unos brazos a otros como si fuera un juguete precioso. Era vehemente y voluble, se entusiasmaba rápidamente con un hombre y con igual facilidad se cansaba de él. Cuando conoció a Charlie pareció considerarle de una manera diferente que a los demás. Inició un peligroso *flirt* con él en el que acabaron quemándose. Hasta entonces no fué suya. Ella acostumbraba pasear sus amores por todos los sitios públicos, los bares, las alamedas, el mundo turbio en que vivía. Sin embargo, éste lo guardó como un secreto, lo recató cuanto pudo, como si dentro de su corazón ajado y frío hubiese brotado algo ardiente y puro. El también sentía sensaciones desconocidas por aquella mujer. Era inteligente, calculador y brutal; pero dentro se le reveló su ser como algo diferente. Hay en los hombres más

encallecidos algo delicado que permanece en lo más secreto del corazón y que casi nunca se revela, porque casi nunca hay ocasión para ello. Sentía algo raro cuando tenía a Eva entre los brazos; no era afán de poseerla, sino algo como un deseo de acariciarla suavemente, de mimarla y protegerla, de darle un refugio. Su inteligencia, habituada a operar casi exclusivamente sobre cosas concretas, no encontraba palabras para describir su estado de ánimo. Lo sentía y nada más.

Luego sobrevino el *crack* de 1929. Ella tuvo que ir a vivir con unos parientes que nunca la habían estimado. Charlie se lanzó otra vez en la baraúnda de los acontecimientos, buscando vivir, con ansias de náufrago ante los aletazos de la tremenda explosión financiera. Fueron unos años demasiado difíciles. Charlie había conocido a varios suicidas. El era inteligente y audaz. Pudo sobrevivir; pero para hacerlo tuvo que dejar en la tela de araña del *crack* todo aquel cúmulo de sensaciones desconocidas que había experimentado con Eva Sitges. Hubo de hacerse nuevamente brutal, dominar las circunstancias, pasar por encima de muchos. Y lo hizo. Lo principal era vivir. A veces sus ojos se agrandaban lentamente ante los hechos consumados, como si en su dureza interior todavía hubiese capacidad para el asombro. Pero había que habituarse. El amor de Eva lo había hecho más blando, más suave. El se dió cuenta de que debía prescindir de ello para poder vivir. Tejió una sólida defensa de durezas alrededor de sí mismo, que acabó anquilosando aquellas suavidades. Comprendió que se ahogaría en aquella marea de desesperanzas, de tremendas inquietudes vitales, de urgentes superviviencias, si no se hacía tan insensible como antes de conocer a Eva. Su instinto de conservación le empujó a ello.

Cuando se volvieron a encontrar, todo había desaparecido entre los dos. Se sintieron extraños el uno al otro, como si nunca se hubieran conocido. Se habían asombrado. Apenas podían comprender cómo habían llegado a sentir aquella pasión, mezcla de sensualidad y de ternura, de halago orgulloso y de finas quintaesencias. El río de los acontecimientos no había dejado légamo alguno; todo había pasado sin dejar rastro. Se consideraban fríamente, como si cada uno no fuera para el otro sino un problema aritmético, de incógnita cansadamente encontrada.

Pero ahora, en el momento en que Eva ha sentido su brazo ceñido por la mano de él, ha sentido que entre los dos ha quedado un débil reflejo de aquello que existió. Charlie también

lo ha intuído al notar la brusquedad con que ella se ha separado.

Se miran profundamente a los ojos. Hay una interrogación entre ambos, como si empezara a entablarse una lucha sorda entre aquellos dos seres separados, que una vez estuvieron unidos. Han transcurrido unos minutos; pero ellos sienten que su vida se ha duplicado en estos momentos, haciendo más intenso el latir de sus corazones.

—Habla—repite Eva.

Sus ojos se han suavizado. También su voz.

—Habla, Charlie.

El hombre vacila, duda; dice, al fin:

—No era nada, Eva—desvía la mirada—. Sentía únicamente deseos de hablar contigo.

—Te conozco bien, Charlie. Dijiste que había negocio a la vista—dice firmemente Eva, clavando sus ojos en él.

—Era un pretexto—dice Charlie en voz baja, con sonido apenas audible.

—Ten confianza en mí, amigo mío.

Se aproxima a él y lo agarra de la solapa de la chaqueta, mirándole intensamente a los ojos.

—No me mires así—casi grita Charlie, desasiéndose bruscamente de la muchacha y quedándose hosco a pocos pasos de distancia.

—Quiero saber, quiero saber—dice Eva aproximándose nuevamente a él y repitiendo las palabras con firmeza desusada en ella.

El hombre vacila. Da dos pasos hacia delante y se aproxima al puente. Contempla unos segundos el agua negra del río, quieta como un sudario. Levanta la vista y contempla la ciudad. Los rascacielos, rectángulos negros sobre el azabache claro del cielo, destacan las potentes luces de sus anuncios en la quieta sombra del espacio.

—Pues bien—casi grita, volviéndose bruscamente—: si quieres saberlo, escucha.

Su rostro se ha llenado de sombras, como si un centenar de arrugas le hubiese crecido repentinamente en la cara, que se destaca, pálida, en la oscuridad. Mira fijamente a Eva, pero no la ve. Sus ojos miran hacia dentro, se mira a sí mismo. Hay en ellos un brillo casi hipnótico. Empieza a hablar lentamente, como si improvisase lo que va diciendo, con miedo, como el hombre que va bordeando un precipicio.

—Sí, es cierto. Hoy venía a proponerte un negocio. Un ne-

gocio sucio, sucio como todos los míos. Estoy en una mala situación, casi desesperada. Hace meses que todo se presenta mal. Donde uno cree encontrar algo bueno, es precisamente todo lo contrario. Cada vez mis cosas van peor. Hay amigos que me han ayudado en los malos momentos, pero los malos momentos no deben durar mucho, porque los amigos se acaban...

—Vamos, Charlie—dice ella con dulzura—, cuéntame

Charlie no parece escucharla. La fuerza amarga que lo invade anula todo su vigor. Empieza a hablar con una voz lenta, cansada, tan cansada como si cada una de las palabras tuviera sobre su espalda años largos, incontables, casi infinitos...

—¿Ves, Eva? Nosotros, los hombres duros, los aparentemente duros, somos todos unos cobardes. Vivimos, vivimos, aparentamos mucho y luego no servimos para nada... En cuanto las cosas nos aprietan, empezamos a buscar los recursos más sucios, los medios de vivir más bajos, sólo para eso, para vivir un poco más de tiempo. Prolongamos una existencia que no sirve para nada...

—Quiero que me hables de eso—dice Eva suavemente, poniendo una mano encima de su hombro.

—Eso es un negocio—contesta Charlie con voz apenas perceptible—. Un sucio negocio en el que te necesito a ti. Siempre he necesitado a alguien para hacer mis negocios. Nunca he servido para hacerlos solo. Creo que no tenía el valor suficiente...

—No es eso. Lo que te pasa ahora nos ha pasado a todos algunas veces. Yo también he tenido momentos de desaliento, en los que vivir era una carga demasiado pesada. Pero siempre sale uno adelante... Mejor o peor, siempre se resuelven los malos momentos. Y podemos continuar... A costa de lo que sea.. Ahora, quiero que me hables de lo que te preocupa...

Charlie vuelve ligeramente la cara, fijando sus ojos en la lejanía. Parece volver a sí mismo, como si hubiera caminado durante escasos momentos por tierras que le han sido siempre vírgenes. Su perfil se destaca en la oscuridad, con una blancura desconocida en la firmeza de la boca, como el jugador que contempla asombrado cómo desaparece su último dinero de la mesa de juego, barrido por el *croupier*.

Empieza a hablar despacio, muy despacio, como antes.

—Tú conoces a un negro que se llama John Wakes. Lo conociste la semana pasada. Es jefe de pudelación de la casa Richmond, una casa especializada en cañones y maquinaria agrícola. Es un hombre que vale, a pesar de ser negro. El ha

proporcionado a Richmond la compra de mucha maquinaria antigua, procedente de otras fábricas, que no hayan podido continuar el negocio por cualquier razón.

—Sigue. No veo...

—Aguarda. Yo sé que en Baltimore hay una antigua fundición que no se utiliza ya. El edificio está casi en ruinas, debido a la guerra. Solamente tiene un guardián que todas las semanas, utilizando una clave convenida, comunica por telégrafo a su patrón que no hay novedad. Dentro de la fábrica hay máquinas que son aún bastante valiosas, que se pueden vender muy bien. Alejando al guardián, podemos hacernos dueños de la fábrica.

—¿Alejando al guardián?—pregunta Eva con voz ahogada—. ¿Cómo? ¿Por qué medio?

Los ojos de Charlie se han avivado, endureciéndose. Todo el hombre parece haber despertado, como el lobo que ventea la carne en la noche esteparia. Un rictus le curva los labios.

—Como sea—dice con voz clara—. Un telegrama del patrón, una llamada urgente de los suyos, cualquier cosa es buena con tal de lograr nuestro propósito... Se le puede alejar un domingo para tener una semana disponible. El guardián comunica el parte los sábados por la tarde. Antes de todo, es necesario encontrar un comprador, para llevarlo allí en el momento oportuno. Yo sé que Richmond confía en el negro y que éste no es muy escrupuloso en buscar el origen de los materiales que compra. Si lo fuera, no habría podido realizar la mayoría de los negocios que ha hecho. Con esto de la guerra, no se podían pedir demasiados papeles. Pero en un negocio de esta envergadura, es preciso encontrar a alguien que él conozca para presentárselo, alguien en quien él confíe ciegamente. No sólo por el escaso tiempo disponible, sino porque el transporte de la maquinaria habría de hacerse a su cargo... Sí, eso es... Alguien en quien tuviese mucha confianza, absoluta confianza...

La mirada de Charlie Bronx, impersonal y sombría, se posa en los ojos de Eva Sitjes, valorándole como un instrumento. El rostro de ella se ha llenado de pliegues. Hay un cansancio enorme en los ojos, una descuidada somnolencia en torno de la boca, como si nada se importase a sí misma, como si mirándose a sí misma estuviese contemplando a otra mujer muy distinta. En su cerebro se van asentando conceptos, impresiones, penetrando lentamente en él todo lo que significa la sugerencia de su antiguo amante. Un hombre negro, un hombre

negro... Son palabras que martillean su cerebro con una insistencia de yunque.

Bronx se ha vuelto de espaldas y mira obstinadamente algo en la negra lejanía. Su cara se ha relajado. Ha vuelto a ser el de antes. Sus ojos se han cerrado en un gesto doloroso, con algo mordaz en las comisuras de la boca. Se vuelve. Hay una pausa intensa. La vida tiene una anchura misteriosa, una profundidad que sólo han intuído algunos visionarios...

La mujer se aproxima a él, sin tocarle. Trae rígidas la mirada y la palabra.

—Lo haré, Charlie.

Se aleja en la noche. El hombre la mira desesperadamente. Con una angustia de náufrago, mezclada a una vil esperanza. Luego, se aleja también.

* * *

—¿Quién te ha propuesto ese asunto?—pregunta John Wakes.

—Un amigo—responde Eva con una ironía—, un viejo amigo.

Están en Sacville Rox, Drury Lane, el departamento que habita Eva. Escasos muebles, pero de buen gusto. La luz de la habitación es tenue. John se encuentra sentado en un butacón, con las piernas cruzadas y las manos juntas. Hay en él acusadas líneas geométricas, como si el espíritu del negro, tenso de ángulos, imprimiese a su cuerpo su voluntad de ascensión. A su lado, sentada en la cama, se encuentra Eva. Viste un traje de exquisito muaré, con brillantes tonalidades. Lleva cortas mangas que la abrazan muy cerca de la axila. La garganta y los brazos, desnudos. El traje, muy ceñido, moldea su cuerpo flexible. La luz abraza las caderas y la línea de los muslos, con las piernas descuidadamente cruzadas. El negro está vestido de etiqueta. Sus ojos valoran apreciativamente a la mujer. Piensa en su cuerpo. Aún no hace media hora que lo tenía entre sus brazos, mientras bailaban en el Racing Fath. Un cuerpo hermoso, piensa con precipitación. A los sones de la música ha experimentado sensaciones que sólo ha intuído en otros momentos, muy raros.

Sus ojos han quedado absortos recordando, sintiendo otra vez aquello, buscando definirlo con palabras. Era como una marea, como una marea de música donde se prometía una inagotable esperanza. Ascendía por la espina dorsal y se abría lentamente, como un árbol de sangre que arañase, acariciando

las últimas fibras del ser. Como una savia joven donde galopaban hacia su realización todos los deseos Su alma, mística del tam-tam de la selva, intuía el orgasmo báquico, la embriaguez dionisíaca que habían agitado a sus hermanos en las primeras selvas donde vivieron los primeros negros. Primero era un canto de promesas nuevas, una pura creencia de realizar lo imposible, un pequeño diminuendo triunfal que, dulcemente, amablemente, se extendía, se extendía sin cesar en sus límites, hasta llegar al crescendo, un crescendo de salvaje e irresistible pasión.

En aquel mundo selvático donde sus hermanos desconocidos se agitaron como posesos en las primeras noches del mundo, sentía diluirse su alma en una mezcla dura y extrañísima de calor vital y dualismo físico. Era algo que aligeraba su cuerpo y lo ascendía a un mundo donde las plétoras de su fantasía adquirían vigor de arquitecturas reales, como si el ansia de todos sus deseos hubiese madurado en una primavera inextinguible.

Ahora, al mirar a esta mujer, ha vuelto a sentir aquello, aquello que no había sentido nunca hasta hoy. Sus ojos, escrutadores, se posan en su boca, en sus mejillas, en la delicada arquitectura de su cuerpo, en su mirada interrogante. Su cerebro, atravesando esta sutil distancia del tiempo transcurrido, aprehende la última frase pronunciada. «Un amigo—piensa—, un viejo amigo.»

La mujer le ha estado contemplando durante estos breves momentos con una perplejidad ansiosa. No ha osado repetir sus palabras, como si temiese quebrar un frágil cristal, al horadar el silencio.

—¿Cómo se llama tu amigo?—la voz es melosa, acariciante casi.

—Charlie Bronx—responde Eva sin vacilar.

—No le conozco. ¿A qué se dedica?

—¡Oh!, pues... a muchas cosas. Es corredor de fincas, automóviles, hace seguros de vida. En fin, de todo, pudiéramos decir.

—¿De todo?

—Sí; él tiene esta fábrica desde la guerra. Trabajó mucho, pero cuando acabó ésta le empezó a fallar, no sé por qué. Lo cierto es que tuvo que cerrarla y vivir de otras cosas. Tiene mucha maquinaria que no le sirve para nada y quiere venderla.

—Tendría que examinarla. ¿Dónde y cuándo podré conocer a tu amigo?

—Mañana mismo. Donde tú quieras.

—En este mismo lugar, aquí mismo. Mañana, a las once. ¿Te parece bien?

—Sí, yo le avisaré.

Transcurre una pausa. La atmósfera parece haberse cargado repentinamente de un silencio lento, pesado, agobiante. Al fondo, los ruidos vagos de la calle. La noche de verano, espesa como si tuviera cien años, tiene algo de pesadilla irreal. La tenue luz de la habitación traza sombras en los rostros antiguos de la bella y el negro.

La mirada de él está húmeda. Tiene algo de magia sexual. Se posa en los ojos de ella, que quedan prendidos, como si una rienda hipnótica la precipitase en un mundo desconocido y fatigante.

La cabeza del hombre se inclina sobre el cuello de la mujer, rozándolo con los labios. De los ojos de Eva ha desaparecido todo. Su mirada es mansa, desgarrada, como si las sensaciones se hiciesen líquidas en sus ojos. Se siente como si sus músculos no fuesen suyos, como si sus brazos no le perteneciesen, como si aquel hombre negro que la mira al fondo de los ojos estuviera abrazando a otra mujer. Siente que va cayendo en un hondo pozo, en una sima sin medida, más allá de las posibilidades carnales, lívida entre la negrura, violada entre las sombras, fardo precipitado a una noche sin fin...

* * *

—¿Es usted Charlie Bronx?

—Sí. Usted es John Wakes.

En el departamento de Eva se han encontrado los dos hombres. No se han estrechado la mano. Se han mirado fijamente. Cada uno ha presentido en el otro un adversario. Se han quedado en pie, formando contraste, midiéndose. Pregunta y respuesta han surgido claras, secas, como si tuvieran bordes afilados. En los ojos de Wakes hay una mirada aguda, pero no dura. Observa fríamente al hombre que acaba de afirmar tan rotundamente quién es él. Los ojos de Bronx sí son duros. Hay en ellos, además, cierto cansancio, como si algo pesara sobre ellos.

Eva se encuentra en medio de los dos, con una luz extraña en los ojos. Con un ademán exageradamente gentil, sugiere:

—Siéntense, por favor.

Bronx lo hace bruscamente, con cierta precipitación. Wakes

se sienta lentamente y permanece alerta, con cierta somnolencia estudiada.

—La señorita Sitges—empieza—me ha hablado de una maquinaria que desea vender.

—Así es—dice rápidamente Charlie—. Es una maquinaria que data de diez años. Está en la antigua fábrica Krumix, en Baltimore.

—Es curioso. Nunca he oído hablar de esa fábrica. ¿A qué se dedicaba?

—Pues... a bastantes cosas. A lo mismo que se dedica ahora la fábrica Richmond. Producción de maquinaria agrícola, textil, armamento de guerra, etc. La maquinaria se encuentra seminueva. Si desea ir a verla...

—Un momento, señor Bronx—interrumpe Wakes—. ¿Es usted su propietario?

—Naturalmente—responde precipitadamente Bronx—, el único propietario.

—Hay maquinarias usadas que pueden dar excelente resultado si se las sabe utilizar. ¿No ha intentado poner su fábrica en marcha?

—No—dice claramente Charlie—, no tengo ni dinero ni tiempo. Deseo desprenderme de ella. ¿No lo comprende?

—Sí, está bastante claro. Muy bien, señor Bronx. ¿Cuándo podemos ir a ver su maquinaria?

—¿Le parece bien el domingo próximo?

—Perfectamente. Hasta el domingo, pues—dice Wakes, levantándose para despedir a Charlie—. Adiós, señor Bronx.

Este se levanta a su vez, al tiempo que lo hace Eva.

—Adiós, Charlie—dice ésta.

—Adiós, señor Wakes—dice lanzando una mirada circular a la habitación, que se detiene interrogante en Eva.

Da dos pasos hacia adelante y se vuelve, saludando:

—Adiós, Eva.

Wakes está ya nuevamente sentado.

* * *

La sombra muerta de las máquinas da un aire frío y desolado a la gran sala de trabajos de la antigua fábrica Krumix, en Baltimore. La luz potente de las lámparas traza siluetas grotescas en la pared, donde se agitan las proporciones de los tornos, las estibadoras y las enormes productoras de herramental y armamentos. Charlie Bronx, Eva Sitges y John Wakes las contem-

plan con una mezcla de asombro y análisis, mientras recorren lentamente la sala. Hay allí un aire extraño, de cosa ida y pasada. Las paredes están recubiertas casi totalmente por una capa de humedad. Los anchos ventanales protegidos por rejas se encuentran casi todos sin cristales, con la pintura de sus puertas completamente caída. El hierro del tiempo ha dejado sobre las máquinas su impronta indeleble. El polvo y la humedad se ha ido depositando sobre ellas, formando una espesa capa que lo envuelve todo.

John Wakes va sopesando cada detalle, fijándose en cada tornillo, en cada palanca, accionando de cuando en cuando un mecanismo herrumbroso, moviéndose en torno a ellas tan silenciosamente como un gato.

Los otros no osan interrumpirle. Observan la finura crítica de sus ademanes, la callada anotación de cada detalle en su memoria, la fina armonía de su observación silenciosa

Ya han recorrido la sala en toda su amplitud. Wakes se separa de la última máquina y se acerca a ellos.

—Vamos al despacho, ¿no?

—Vamos—responde Bronx.

Pequeño y rectangular, se respira en él la misma atmósfera desolada, pero reina, al menos, cierta limpieza. Una pequeña lámpara lo ilumina. Bronx se sienta detrás de la mesa. Los otros, frente a él.

—Bien—dice Charlie con los ojos entornados—, ¿qué le ha parecido?

—Está todo muy deteriorado—dice simplemente el negro.

—Ya lo sé.

—¿Cuánto pide?—la pregunta es conminatoria.

—Treinta mil—la voz es muy baja.

Una sonrisa distiende la cara del negro. Por un segundo, en sus ojos negrísimos ha brillado el humor.

—¡Oh amigo!—dice alegremente—. Vende usted muy caro. No acostumbro desplazarme fuera de Nueva York para comprar maquinaria usada. En esta ocasión, lo he hecho únicamente porque me lo ha pedido la señorita Sitges.

Hace una pequeña reverencia hacia Eva. La cara de ella es imperturbable, con una serenidad fría. Sus ojos son indefinibles. Como una fina raya en su rostro, miran entornados. Hasta ahora no ha pronunciado una sola palabra.

Bronx se vuelve rápidamente hacia Eva como para decir algo. Abre la boca, pero se desvía y habla a Wakes.

—¿Cuánto puede usted dar?

—Sólo puedo ofrecer cinco mil dólares—dice inapelablemente.

—¿Cinco mil? Es muy poco dinero. Las máquinas costaron mucho más. Sé que han pasado años, algunos años, pero creo que se puede sacar mucho más de lo que usted ofrece. ¿Cuánto puede usted subir?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo es eso? ¿Nada?—replica Charlie con exaltación—. Esta maquinaria vale cuando menos cincuenta mil dólares. Se encuentra todavía en buen estado. Vamos a verla otra vez—dice levantándose.

El negro lo contempla fríamente, con una curiosa mirada.

—No es necesario— contesta—. La he examinado a conciencia. Es una maquinaria que está demasiado usada. El tiempo y el abandono, más que el trabajo, han sido los que la han deteriorado más. Cinco mil es el máximo que puedo ofrecer.

Bronx se ha dejado caer nuevamente en la silla, con un gesto airado. Una súbita transformación se está operando en su rostro, que enrojece intensamente, traduciendo su tempestad interior.

—Cinco mil. ¿Te enteras, Eva? Cinco mil—grita volviéndose hacia ella—. Unas máquinas que valen por lo menos cincuenta mil dólares. Fíjate, Eva—sigue gritando hasta enronquecer—, después de todo, este maldito negro orgulloso sólo ofrece cinco mil. ¿Qué hago yo con cinco mil dólares? Habla, di. ¿Qué hago yo con cinco mil dólares?

Hay una pausa larga, angustiosa, asfixiante, infinita.

De pronto, el hombre se derrumba. Un desaliento inmenso lo aplasta sobre la mesa. Baja la cabeza y empieza a hablar en voz baja:

—Es justa la mitad del dinero que debo. Si no lo pago...

Hace un gesto de acabamiento, de fracaso total, definitivo.

—Sí, eso es—sigue hablando como enajenado, perdido por completo el control de los nervios—. Hemos venido aquí para nada... Para nada... Después de todo, después de haberte contado mi situación, después de todas estas vilezas... Déme al menos diez mil—suplica.

El negro lo mira con un fondo de compasión.

—No puede ser—dice suavemente—. El dinero no es mío. Yo sé lo que puede gastar Richmond en unas máquinas como ésas y le he ofrecido el límite. Si el dinero fuese mío...

—Pero usted lo tiene. Usted debe de tener dinero. Usted pue-

de comprarlas—suplica Charlie desencajado—. Usted es inteligente y le sacará producto.

El negro hace una mueca triste, ironizando consigo mismo.

—No, toda mi fortuna sería eso, el dinero que usted pretende. Pero yo no puedo vender mi casa, que es la que lo vale.

Eva se ha aproximado a los dos hombres. Habla a Bronx.

—Vamos, Charlie—suaviza—. Ya ves que no se puede hacer nada.

El hombre la mira, con una mueca de extrañeza, como si no la conociese, queriendo penetrar hasta el fondo de su alma.

Sus ojos se agrandan, asomando a ellos una luz de comprensión, como si una cosa hasta ahora oculta resplandeciera su verdad ante él. Su boca se contrae, en un gesto de ferocidad. Una oleada de sangre le invade el rostro.

—¿Y eres tú? ¿Eres tú la que me dices eso?—grita rabiosamente—. Ahora lo comprendo todo. Eres tú la que quiere quedarse con su dinero. Naturalmente—dice con sarcasmo—, saldrás con él, le harás cuatro arrumacos y él te dará su dinero. ¡Ah, amigo mío! Usted no la conoce. Usted no conoce a esta mosquita muerta. Mírela, véala—agarra al negro del brazo y lo aproxima a ella hasta dejar las caras casi juntas, mirándose de hito en hito—, es una prostituta. El lecho que tiene lo han utilizado muchos hombres. Usted también lo ha hecho, creyendo que era el primero, creyendo quizá que ella era una mujer honrada. Pero no, no, ella es una cualquiera. Y le ha engañado a usted y me ha engañado a mí. Nos ha engañado a los dos. A usted con la maquinaria. A mí, con usted, con su dinero de usted. Porque todo ha sido una trampa. Ni la fábrica es mía, ni las máquinas son mías. Le hemos traído engañado. Ella tenía también su participación en el negocio... ¡Ah! Por si ha sido tan discreta que no se lo ha confesado, le diré que además ha sido mi amante...

—No, no, John, no es verdad—grita histéricamente Eva—. Sí, es cierto que fuí su amante. Pero lo otro no es verdad. Yo no me he vendido nunca. Cuando me daba, era por amor. Te he engañado, he fingido que te quería porque todavía lo quería a él. Vino a verme para proponerme esto. Me lo contó todo. Me confesó que estaba en una situación muy apurada, que estaba completamente desesperado. Que tenía una necesidad terrible de hacer esto. Y yo accedí a ayudarle porque todavía le quería, porque esperaba recuperarlo, porque quería que siguiera siendo mío, como aquella otra vez que nos quisimos.

Sí, nos queríamos como si fuéramos dos muchachos, como si fuera la primera vez que yo quisiera a un hombre. Luego nos separamos. Fué terrible. Estábamos tan unidos...

Las lágrimas de Eva la impiden continuar. Se ha desasido de Charlie y se ha dejado caer en un sillón, con la cara entre las manos.

El negro se ha quedado petrificado. Su boca se ha curvado en un gesto de desdén. Luego se ha tornado seria, humana, comprensiva. Mira a Charlie, aproximándose más a él. Levanta el puño y fríamente, implacablemente, con ira que no por ser muda es menos terrible, le empieza a golpear en el rostro una y otra vez, sin descanso.

El rostro de Charlie, parpadeante de asombro, se empieza a llenar de manchas rojas, con la sangre corriéndole por las comisuras de los labios. De improviso, se rehace y contesta duramente, golpeando al negro con fuerza en la mandíbula Este encaja bien y le contesta con mayor dureza aún.

Los hombres se enzarzan en una lucha terrible. Los golpes resuenan con tremendo compás en la casa deshabitada. Eva los contempla con horror. Un fuerte puñetazo da con el negro en tierra. Se levanta como si fuera de goma y acecha a Bronx durante un segundo, lanzándole un fortísimo directo a la barbilla, seguido de otros dos más que derriban a Charlie, que cae a tierra con un sordo ruido de buey apuntillado.

John saca un pañuelo y se limpia el rostro. Mira luego a Bronx durante unos momentos con una expresión indefinible. Luego se aproxima a Eva.

—Vamos, Eva—habla con dulzura, ayudándola a levantarse—. Vamos, es preciso que nos marchemos. Este hombre se quedará aquí.

—Sí, John—dice ella entre lágrimas, con la cabeza baja—, es preciso huir... Vamos...

Se levanta apoyándose en él. Al llegar a la puerta se vuelve para mirar a Charlie.

John siente la mano de ella que se agarra convulsivamente a él, mientras grita con el rostro desencajado: «¡Cuidado John!» Pero ya es demasiado tarde. Charlie se ha incorporado sobre el codo y ha sacado una pistola, con la que está disparando ya. De una forma tan veloz que John no ha podido prever nada, Eva se ha interpuesto entre ambos, recibiendo un disparo en medio del pecho, que la dobla por la cintura hasta el suelo.

El negro la mira un momento, con un asombro sin límites.

Luego, de un salto, se precipita sobre Bronx, forcejea un segundo con él, arrancando el arma de sus manos y agarrándola por la culata le empieza a golpear el cráneo salvajemente, con una ira sorda, sangrienta, incontenible, como un furioso demonio negro. Sus instintos primitivos, domados por siglos de civilización, se han levantado dentro de su sangre como caballos desbocados y golpea, golpea sin cesar, viendo cómo la vida huye del cuerpo que tiene entre los brazos. Al soltarlo, el cuerpo de Bronx, sostenido únicamente por las manos de Wakes, se desfonda, cayendo al suelo como un fardo vacío.

John lo contempla obsesionado. De sus ojos, abiertos hasta el paroxismo, va desapareciendo la luz de muerte que los animaba. Lentamente, como si tuviera los pies de plomo, se aproxima a Eva.

Esta tiene los ojos cerrados. John la incorpora, de rodillas junto a ella, acunándola en sus brazos con una delicadeza infinita. Ella susurra: ¡John, John...!

—¡Eva! ¡Eva!—se desgarra el negro queriendo revivirla, notando que la muerte se va apoderando de ella—. ¡Te quiero! ¡Te quiero!—solloza a su oído, besándola frenéticamente, con un ansia horriblemente dolorosa.

Ella abre los ojos y con la punta de los dedos le acaricia la cara, mirándolo con expresión agónica.

—John, John, amor mío—dice muy débilmente—, yo también te quiero... Yo creía que todavía le quería a él... Por eso accedí, porque creí que después podría recobrarlo... No sabía que había cambiado tanto... Entonces yo no te conocía a ti, no sabía cómo eras tú—una sonrisa dolorosa contrae su rostro—, habría podido ser todo tan hermoso... Tú y yo unidos para siempre, para toda la vida... Pero ahora es demasiado tarde...

—No, no, Eva, mi vida—solloza John—, no es demasiado tarde, tú vivirás, vivirás... Tú no te puedes morir.

Empieza a besarla frenéticamente en la cara, en la frente, en los cabellos, en los labios, diciéndole ternezas terribles al oído. Ella sonríe, con una sonrisa velada ya por las sombras de la muerte. Su cabeza se inclina como una flor segada por el tallo. Tiene un murmullo suave entre los labios... Después, suavemente, sin transición, muere...

John siente helarse entre sus labios la piel de ella. Empieza a llamarla, hablándola al oído, con el cuerpo y las manos manchados por la sangre de ella, con los ojos agrandados de asombro, como si no pudieran dar aún crédito a lo que ven.

Con una unción religiosa, le cierra los ojos. Con un cuidado exquisito, como temiendo despertarla, la coge entre sus brazos, alzándola. Empieza a andar, mirándola fijamente. Se encamina por el largo pasillo hacia la salida, entrando en la noche.

El viento, susurrante, mueve con ligereza las copas de los árboles. La noche, alta y oscura, es como un mundo de tinta que se hubiese precipitado sobre la tierra.

El negro avanza por entre los escombros, acercándose al coche que los ha traído hasta allí. Abre la portezuela y deposita a Eva en el asiento próximo al conductor, sentándose a su lado y manteniéndola entre sus brazos. Pone en marcha el coche y mira el reloj, colocado junto al retrovisor, que señala la una de la madrugada. El vehículo sale del camino de la fábrica y enfila la estrecha cinta de la carretera.

Los altos árboles colocados al lado del camino trazan sombras grotescas sobre el coche, que va devorando kilómetros y kilómetros. La ruta parece prolongarse indefinidamente. Ya van desfilando los sembrados interminables del Estado de Maryland, llano en su mayor parte. Las horas transcurren. cuajadas de silencio.

El reloj señala las cuatro y media de la madrugada. Ya empiezan a sucederse altibajos en el terreno. La noche montañosa del estado de Washington va cayendo espesa sobre los ocupantes del coche.

Eva yace como dormida en su tranquila expresión. El negro la contempla. Su rostro tiene una serenidad trágica, como el hombre que ya ha visto erguirse su destino ante él y lo ha aceptado de antemano.

El vehículo va subiendo por la ladera de la montaña, dejando atrás las llanuras. A los lados del coche van creciendo bocas de negrura inmensa, hondos terraplenes de profundidad. El coche sube indefinidamente, sin cesar, hasta lo alto de la montaña.

En el límite de la luz del coche, acercándose velozmente, se destaca una gran señal de peligro, al producirse una cerrada curva. Una curva peligrosa, donde se yergue un precipicio.

Los ojos del negro se inmovilizan, sugestionados ante el abismo. Su mano está firme en la dirección del coche. Lentamente, muy despacio, se aproxima más a Eva, estrechándola entre sus brazos, oprimiéndola con toda su fuerza.

Luego, abandona el volante...